

Pax Dettoni

Puentes de perdón



Una historia sobre morir, pecar,
perdonar y otras “cosas” prohibidas

DESCLÉE DE BROUWER

Pax Dettoni Serrano

Puentes de perdón

Una historia sobre morir, pecar,
perdonar y otras "cosas" prohibidas

Libro de no ficción ficcionado

Desclée De Brouwer

Índice

Agradecimientos	11
Prólogo <i>de Jordi Castanyer i Bachs</i>	13
1. Se abre el telón	21
2. Juan	25
3. Irene, tu madre	33
4. Francisco, tu hermano	45
5. Joaquín, tu mejor amigo	59
6. Marta, tu nuera	71
7. Ángel, tu barbero	85
8. Encarna, tu vecina.....	103
9. Héctor, tu socio.....	123
10. Las otras personas, tus coetáneos.....	145

P U E N T E S D E P E R D Ó N

11. Carta de Juan a los vivos	163
12. Hasta pronto Juan	167
13. Se cierra el telón	169
Epílogo: plan de entrenamiento para cruzar “Puentes de perdón”	171

Prólogo

Jordi Castanyer i Bachs

Al empezar a escribir estas líneas, a guisa de prólogo, me pregunto si la autora de este *libro de no ficción ficcionado* –recomiendo al lector que no se atasque en dicha expresión: la irá comprendiendo, quizás, a medida que progrese en su lectura–, me pregunto, decía, si la autora, mi amiga Pax, conoce un pequeño gran libro del grandísimo novelista que fue León Tolstoi: *La muerte de Iván Ilich*, cuya publicación se remonta al 1886. No lo sé. Mi ignorancia sobre tal detalle no me lleva de ningún modo, ni en sueños, a la sospecha de que haya encontrado en el escritor ruso cierta fuente de inspiración. Más bien lo contrario; me confirma lo evidente, la perennidad de los temas más acuciantes del ser humano. La muerte, por ejemplo, esa compañera de vida, a veces hermana, a veces rival, siempre cierta e ineludible, ha ido recorriendo el pensamiento y la reflexión a lo largo y ancho de la historia: filósofos, maestros espirituales, científicos, poetas y novelistas, cineastas y músicos y pintores... Sí, también el arte, y no solo la reflexión filosófica o espiritual de todos los tiempos, ha profundizado –da igual ahora si con serenidad o con angustia, con esperanza o con desconsuelo, con miedo o hasta con burla– en la cuestión, polémica a menudo, siempre provocadora, de la muerte.

Pero volvamos a nuestro Ilich o, mejor dicho, al Ilich de Tolstoi. Educado para sobresalir en casi todos los ámbitos de la vida,

cómodamente instalado en ella, le aterroriza la mera posibilidad de la muerte. Pero la muerte, inexorable, se acerca; varios son los síntomas de su proximidad. Le invaden la soledad, el miedo, el vacío. De nada le sirven los recuerdos de un pasado feliz, que ahora ve como un sinsentido. ¿Era vida, aquello? ¿No era, quizás, no vida? ¿O acaso era vida-muerte? Y si estaba en lo cierto ¿qué sería lo venidero? ¿Muerte-vida? ¿O vida, a secas, sin mancilla de muerte alguna? En Ilich se va gestando una transformación: no quiere –¡no puede!– morir sin haber vivido. Y en su conciencia van creciendo y arraigando dos fuertes sentimientos, a pocos instantes de morir. Por un lado acepta la vacuidad, la superficialidad y el autoengaño de tantas decisiones y tantos actos de su vida –se acepta pues a sí mismo, sin temor a lo real– y por otro lado –siendo esto tanto o más importante que aquello– comprende lúcidamente que aún hay tiempo –basta un instante– para corregir, y hasta para hacer algo por los demás. Pedir perdón y perdonar. Y perdonarse.

No, la autora del presente libro no tenía ni tiene necesidad de buscar fuentes de inspiración más allá de la vida misma, de su imaginación creativa. Tiene la capacidad para expresar aquello que en primer lugar ha vivido en su misma interioridad –escritora veraz, pues, honrada, transparente– y que ha observado también en los demás. Mujer reflexiva, atenta a lo que ocurre en su entorno, conocedora de la gran complejidad –de la riqueza, pues– del ser humano, avezada a profundizar y a poner en escena los entresijos psicológicos, no de comportamientos extremos, que podrían ser objeto de estudios académicos, sino precisamente de lo cotidiano, Dettoni hace que vaya asomando, lentamente pero sin reposo, con tenacidad, con sufrimiento, todo lo que alguien como Juan, el protagonista de la historia, esconde sin saberlo de antemano en lo más hondo de su conciencia: autoengaños, olvidos, emociones, sentimientos, muchas medias verdades que son, por ello mismo, medias mentiras... Y para llevar a

cabo este trabajo de interiorización, como si de una disección con herramientas punzantes se tratase, sitúa a Juan ante su propia muerte. De ahí mi alusión a Ilich de Tolstoi. Efectivamente, Juan ante su muerte... y el lector ante la suya, la propia.

Atrás los años dedicados a la cooperación internacional para el desarrollo humano y social, con largas estancias en Asia y más aún en América latina, Dettoni, aranesa con fuertes raíces italianas, se entregó a su sueño de hacer teatro; pero, precisa ella misma, un teatro enfocado al desarrollo humano. Lo llama Teatro de Conciencia, al servicio en primer lugar, pero no únicamente, de la educación emocional. Lleva, escritos y dirigidos, siempre con la misma intención, ocho espectáculos teatrales. Más tarde, en 2014, escribe *La Inteligencia del Corazón*, un verdadero rastro en el interior humano para fortalecer lo que ella llama los músculos del corazón, es decir las virtudes, que hay que usar y entrenar, si no queremos que se atrofien, no menos que los músculos del cuerpo. Y ahora da otro pasito nada menos que con *una historia sobre morir, pecar, perdonar y otras “cosas” prohibidas*. ¡Ahí es nada! Pax es atrevida.

El eje de la narración, o de las narraciones en torno al mismo sujeto, es sin duda el perdón. ¿Prohibido hablar de él? No exactamente; entiendo que se trata de una exageración provocativa, que obliga a pensar; al fin y al cabo es de lo que se trata: pensar y hacer pensar. Pero sí es cierto que perdonar carece de buena prensa; y ya no digamos pedir perdón. Muchos son los que, de buenas a primeras, asocian el perdón –ofrecerlo, darlo, pedirlo, recibirlo– a debilidad, a derrota, a espíritu blandengue. ¿Pedir perdón? Eso es de timoratos, de personas sumisas, endebles, que no consiguen otra cosa que ser vistos como perdedores; o quizás lo piden, sin cesar, personas que intentan justificarse sin ánimo ni esfuerzo de mejora, sin propósito de enmienda. ¿Conceder perdón? Ni hablar. Y por razones parecidas a lo anterior. Empiezo perdonando y termino siendo objeto de abuso permanente; hay que

mantenerse firme. En ambos casos, pues, el perdón no se vincula ni a la confianza ni a la humildad ni a la comprensión...; y, por supuesto, tampoco al amor. Y así andamos. De ello se resienten, y mucho, desde nuestras relaciones humanas cotidianas, familiares o laborales, hasta las de más alto nivel, las que conciernen los destinos de la política mundial. Necesitamos una educación para el perdón como la precisamos también para la ternura, para la misericordia, para la confianza, para el respeto a lo diferente...; para la paz. ¿Sin perdón, hay posibilidad de paz? Lo veo difícil, imposible; ni paz con los demás ni paz consigo mismo. Hay que reivindicar la grandeza del perdón, la de pedirlo así como la de concederlo. El término perdón, en su sentido más auténtico, más profundo, tiene poco que ver –mejor dicho, nada– con los términos derrota o victoria, sometimiento o conquista, como si entre dos individuos se tratara, por lo que atañe al perdón, de buscar quien gana y quien pierde: laurel para uno, vejación para el otro. En una relación de amor –y el perdón es una de sus señas– los dos, o los que sean, salen ganando; nadie pierde (o pierden todos, y no solamente uno, en caso de que se trate de una relación de enemistad). Es lo que sucede también con el agradecimiento, otra señal insigne del amor: siempre es una calle de doble sentido. Pues lo mismo sucede con *Puentes de perdón*. O pasan los dos, o los que sean, o no pasa nadie. Quien pueda entender, que entienda.

No puedo dejar de recordar la importancia que Jesús, el Maestro, da al perdón. Se la da, claro está, porque la da al amor. Su misión, para empezar, no es condenar a nadie sino perdonar, salvar. ¿Siete veces? le pregunta Pedro en una ocasión, como para tantear la posibilidad de un límite para el perdón; esta es su respuesta: “no te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”. No hay límite. Y es a cuento de este diálogo cuando Jesús narra la conocida parábola de un rey que quiso arreglar las cuentas con sus servidores (*Mateo 18*). Se presenta uno que no puede pagar la enorme cantidad que debe. Ante la amenaza para saldar

la deuda de ser vendido él mismo junto a su esposa y sus hijos y todo lo que posee, se arroja a los pies del rey suplicándole un plazo y prometiéndole pagárselo todo. Frente a tal muestra de pesar, la petición es escuchada; el rey se compadece, lo deja ir y –¡esto ya es el colmo!– le perdona la deuda. Al salir de palacio, este servidor encuentra a un compañero que le debe muy poca cosa, una minucia. El diálogo entre los dos, amenazador por una parte y suplicante por la otra, es exacto al que hemos presenciado anteriormente. Pero no hay nada que hacer; el desenlace es absolutamente distinto. El compañero se va a la cárcel. Lo que hay que ver: el perdonado no perdona. Al saberlo el rey le llama: “¡Miserable! (...) ¿no debías tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti?”. No me interesa tanto, ahora, comentar el proceder del rey –me llevaría a la locura de Dios, que hace lo que no hace nadie, a la locura de la cruz, a la locura del amor; dejémoslo– sino observar el del siervo que, habiendo sido perdonado, no es capaz de perdonar. Sí, es cierto, ha sido perdonado; sin embargo, ¿ha vivido realmente el perdón recibido? ¿Lo ha interiorizado? ¿Lo ha hecho carne de su carne? No, sin duda. Más bien todo lo contrario. Lo ha vivido, por decir algo, superficialmente. Más, aún. Está convencido de que el perdón recibido ha sido mérito suyo. “Me lo he ganado”, se dice probablemente. “Yo sé de qué manera hay que suplicar, hay que llorar, hay que llevar al otro, hombre débil que sé cómo manejar, a no tener más remedio que claudicar ante mí; me he salido con la mía”. Y ante el compañero que le suplica: “¿pero este bobo qué se ha creído? No sabe ante quién se encuentra; yo sé bien de qué manera tengo que hacerme respetar, hacer valer mi poder”. Soberbia, pues, a un lado y a otro; siempre soberbia; nunca humildad. El perdón necesita humildad; para pedirlo y para concederlo. Y para concedérselo a sí mismo. Vivir humildemente el perdón –darlo y recibirlo– es cosa de fuertes, de grandes. Cuanto más grandes somos en humildad, tanto más cerca estamos de la grandeza, afirmaba Tagore.

¿Pero hace falta creer en Dios, ser religioso, para valorar el perdón? Debe de ser que no, ya que empiezan a abundar los científicos, los psicólogos, los terapeutas, que especialmente a partir de los años ochenta del siglo pasado, y sin recurrir a dimensión religiosa alguna, ponen su atención en el beneficio del perdón para la salud; la psicológica, evidentemente, pero también la física. Everett Worthington fue uno de los primeros investigadores en dicha dirección. Según él, que se interesó en el perdón ofreciendo consejería matrimonial, la clave para perdonar con éxito es cultivar un sentido de simpatía, humildad y compasión. Asimismo, los efectos negativos de la rabia, del miedo, del odio, del enojo, de la venganza –es decir, del no-perdón– no recaen en primer lugar sobre el otro sino sobre uno mismo. Solamente yo, y no la persona odiada, soy la principal víctima de mis odios. No es el lugar para extenderse en ello, pero me complace subrayar que, más allá de los imperativos religiosos, son ya muchos los profesionales que miran el perdón a los demás y a sí mismo como una iniciativa de salud pública. Bienvenida.

¿Pero hace falta encontrarse realmente frente a la muerte para profundizar en todo ello, para andar por estas sendas, para acercarse, por lo menos como deseo, a la cima del perdón? No, ciertamente. Sin embargo ¿la muerte no pertenece, en cierto modo, a nuestra existencia? Entonces la muerte, lejos de ser olvidada, puede ser también vivida. Viviendo aprendemos a morir; muriendo aprendemos a vivir. Stefan Zweig, escritor austríaco, activista cultural, pacifista, maestro de la amistad como le llamaba Hermann Hesse, afirmaba que “no basta con pensar en la muerte, sino que se debe tenerla siempre delante; entonces la vida se hace más solemne, más importante, más fecunda y alegre”. No me resisto, siendo monje, a evocar muy brevemente la sabiduría de los padres del desierto, siempre en búsqueda de la paz interior. Le preguntaron a un anciano: “¿Qué haces para no estar nunca desanimado?”. Y contestó: “Espero la muerte cada día”.

Otro decía: “Un hombre que tiene siempre ante los ojos la muerte supera siempre la falta de valor”. Y Benito, patriarca del monacato occidental, recomienda usar a menudo lo que él llama instrumentos de las buenas obras –o, como escribe después, del arte espiritual–, del mismo modo que para aprender un oficio hay que aprender a usar las herramientas adecuadas; y propone, por ejemplo, entre muchas otras: no ceder a la ira, no guardar rencor, no tener engaño en el corazón, no dar paz falsa, no ser soberbio, no odiar a nadie, reconciliarse antes de la puesta del sol con quien se haya tenido alguna discordia... y, de nuevo, tener la muerte presente ante los ojos cada día. Conocedor, sin embargo, de la flaqueza humana –los monjes no son ciertamente ajenos a ella– y dando por hecho que más de uno no logrará usar con habilidad ya no alguna sino quizás ninguna de las setenta y tres herramientas propuestas, sugiere como remate, esta última: no desesperar nunca de la misericordia de Dios.

La misericordia. La que recibimos y la que damos. Y la que nos damos. No, no es lástima. Es afecto entrañable. El perdón. El que recibimos y el que damos. Y el que nos damos. Se trata de un don, de un regalo, absoluta gratuidad. Y los dones son para recibirlos, sí, pero más aún para compartirlos. Porque como decía también Jesús, el Maestro, la felicidad está más en dar que en recibir.

Es lo que nos propone Pax Dettoni invitándonos a cruzar el puente, cada uno el suyo, con *Puentes de Perdón*.

Así pues, los dejo con un hombre llamado Juan. Con él, cruzemos el puente.

Jordi Castanyer i Bachs
Monje benedictino
Montserrat – El Miracle

1

Se abre el telón

Muy bienvenidos y bienvenidas a este teatro de las páginas con letras.

Es para mí un honor y un privilegio estar entre vuestras manos hablándoos desde el no tiempo y el no espacio.

Gracias por vuestra confianza al considerar leer estas palabras que he sumado para hablaros sobre algo que, a mi parecer es de urgente necesidad en nuestros días y en nuestras sociedades: el perdón.

¡No! ¡Esperad!, es muy pronto para abandonar. Os invito a que sigáis leyendo. Os prometo que no serán letras densas y duras de digerir.

Creo profundamente en lo que os expondré. Y creo en ello porque es para mí la única esperanza de convertirnos en una especie capaz de convivir con nosotros mismos y con las otras personas en paz.

¿Por dónde entonces empezar a hablar del perdón?

Esta fue mi primera pregunta cuándo decidí embarcarme en esta “obra de teatro” que hoy os presento. Cuando probé de respondérmela me di cuenta de que para tratar tan ya –tristemente– descalificado concepto, tenía que hablar también de muchos otros conceptos que generalmente suelen provocar una cierta urticaria

en las personas que componemos las llamadas sociedades desarrolladas y modernas del siglo XXI.

Me llovieron inmediatamente palabras como bien, mal, moral, culpa, sacrificio, esfuerzo, muerte, redención, misericordia y la temida, temidísima palabrota PECADO.

Entonces me dije: ¡Dios mío, dame fuerza para perder la vergüenza de decirlas todas juntas en un espacio público como este! ¡No quiero morir quemada por sus críticas!

Y sí, me la dio.

Tomé conciencia consciente que para tratar el tema del perdón tenía que hablar también, por un lado de lo que es objeto de perdón, y por otro lado de lo que nos ayuda a perdonar. Lo que me hacía inevitable, por un lado plantarme delante de los pecados, por ser estas faltas las que dañan y, por otro lado, delante de las virtudes, pues son ellas las que ayudan a superar la tentación de pecar/dañar/ofender en uno mismo y a perdonar las ofensas de otros provenientes.

Inmediatamente comprendí por qué el perdón ya no está de moda, ¿cómo podría estarlo si indirectamente por un lado, se relaciona con algo que en sí mismo es pecado –como hablar o aceptar la existencia del pecado– y por otro lado, se relaciona con la materia de las virtudes, que todo el mundo recuerda como aburrida de sus tiempos de la escuela?

Lo tiene mal el perdón, pensé. ¡Vaya amigos se ha echado!

Y peor lo tiene cuando para ponerlo en práctica, tanto sea para pedirlo como para concederlo, uno tiene que con paciencia y cariño, esforzarse en domar a un dragón de ocho cabezas que es su propio egoísmo.

Muy mal lo tiene en una sociedad *fast* y acomodada como la nuestra, que lo quiere todo “ya” y fácil; entre individuos con alergia al sacrificio y donde la educación emocional tiende solo a estar puesta al servicio del bienestar/ felicidad individual.